

Wendy Bellanger/José Luis Rocha\*

## ➤ Investigando las maras y pandillas en Centroamérica: reflexiones metodológicas

### 1. Introducción

De 1999 a 2004 la Iglesia Sueca financió un proyecto regional de las universidades de la Compañía de Jesús en Centroamérica para investigar las maras<sup>1</sup> y pandillas en cuatro países del istmo. Participaron investigadores/as de distintas especialidades: sociólogos y antropólogos de la Universidad Centroamericana de Managua, psicólogos sociales de la Universidad Centroamericana de San Salvador, sociólogos y psicólogos de la Universidad Rafael Landívar de Guatemala y sociólogos del Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación de Honduras. Las instituciones trabajaron en equipo hasta 2005. Otras instituciones e investigadores/as extranjeros también han estudiado el tema.<sup>2</sup>

Aunque las maras son muy distintas de las pandillas, y aunque los grupos dentro de cada una de estas categorías pueden presentar enormes variaciones según los tiempos y lugares, todas estas agrupaciones coinciden en una serie de rasgos que fueron condensados por Rodgers (2007: 38): “Son organizaciones colectivas [muy] definidas, que exhiben una continuidad institucional que es independiente de su membresía. Tienen convenciones y reglas fijas, que pueden incluir rituales de iniciación, una jerarquía, y códigos que pueden hacer de la pandilla una fuente primaria de identidad para sus miembros. Estos códigos también pueden exigir patrones de comportamiento particulares: ropas características, tatuajes, pintadas o *graffitis* en la zona que dominan, señales con las

---

\* Wendy Bellanger, máster en Antropología Social por la Universidad de Manchester, es editora de la revista académica *Encuentro* y de los Cuadernos de Investigación de la Universidad Centroamericana (UCA) en Managua y coordinadora de la diplomatura en cultura política y ciudadana de la misma universidad. Su más reciente publicación es: *La sociedad civil ante la violencia juvenil en Nicaragua* (2006). San Salvador: UCA Editores. Correo electrónico: wendy@ns.uca.edu.ni.

José Luis Rocha Gómez, investigador de la Universidad Centroamericana (UCA), es miembro del Consejo de Investigación de dicha universidad y de los consejos editoriales de las revistas *Envío* y *Encuentro* de la UCA. Coordina las investigaciones del Servicio Jesuita para Migrantes de Centroamérica. Entre sus publicaciones destacan *Una región desgarrada. Dinámicas migratorias en Centroamérica* (2006) y *The Political Economy of Nicaragua's Institutional and Organisational Framework for Dealing with Youth Violence* (2005). Correo electrónico: jlrochag@ns.uca.edu.ni.

<sup>1</sup> En El Salvador, Honduras y Guatemala existen dos grandes pandillas juveniles, Mara 13 y Mara 18, integradas por una enorme legión de *clikas*.

<sup>2</sup> Algunos estudios son, en Guatemala, Levenson (1989); en El Salvador, Savenije y Borgh (2004); en Nicaragua, Rodgers (2001 y 2003) y Liebel (1992 y 2002), e investigadores de las ONG Fundación Desafíos (Abaunza y Andino 2002), Puntos de Encuentro (Abaunza y Solórzano 1997) y ADESO Las Segovias (Ulloa 2003).

manos y un argot. Y por supuesto, una participación regular en actividades ilícitas y violentas”.

Las maras y pandillas han sido estudiadas cuantitativa y cualitativamente, a través de estadísticas oficiales, encuestas, monitoreo de medios, grupos focales, entrevistas, estudios de caso y observación participativa. Mientras unos estudios han priorizado la representatividad de los hallazgos, otros han profundizado en casos particulares.

Una revisión inicial de los estudios realizados en Centroamérica revela que el nivel de contacto entre investigadores/as y pandilleros/as o mareros/as es un aspecto esencial que los clasifica en dos tipos. Mientras unos requirieron de un contacto nulo, muy breve o a través de intermediarios, otros se basaron en un contacto prolongado y personal. La permanencia en los barrios y el tiempo de contacto de los investigadores/as con los pandilleros/as fue mayor cuando se utilizaron métodos como la observación participativa y la entrevista a profundidad, que cuando se realizaron encuestas o grupos focales, que a veces ni siquiera fueron realizados por los investigadores/as que hicieron el análisis o redactaron el texto.

Nuestra reflexión parte de la anterior observación y se enfoca en los retos que representa para el investigador/a el tema de la violencia, y en las limitantes y fortalezas de las metodologías empleadas. Cada estudio sobre pandillas –con su metodología– presenta una perspectiva sobre la violencia que incluye unos aspectos y excluye otros. Nuestro objetivo es señalar los sesgos a los que nos dirigen –o de los que no nos rescatan– las metodologías utilizadas para estudiar las maras y pandillas en Centroamérica.

Nuestra participación en las investigaciones realizadas en Nicaragua en el marco del proyecto regional de las universidades jesuitas, nos reveló que las metodologías basadas en un contacto prolongado con los pandilleros/as desafían intensamente las preconcepciones y suposiciones del investigador/a sobre el fenómeno, incitándole a cuestionar sus interpretaciones. Estos cuestionamientos ayudan a evitar que la investigación sobre violencia juvenil se convierta a su vez en una herramienta de violencia.

En los acápites siguientes planteamos que la investigación sobre violencia implica retos que engendran sesgos en su análisis. En el caso particular de la investigación sobre violencia juvenil, sugerimos que el contacto personal entre pandilleros/as e investigadores/as es determinante para enfrentar los retos y reconocer los sesgos. Concluimos que el estudio del fenómeno debe incluir necesariamente metodologías que demanden un contacto prolongado y directo entre investigadores/as y pandilleros/as.

## **2. El reto de investigar la violencia**

Es significativo que el estudio de las maras y pandillas en Centroamérica ha estado a cargo de investigadores/as que pertenecen en su mayoría a grupos sociales con una posición social más ventajosa que el promedio, y por ello más susceptibles a aceptar las categorizaciones sociales dominantes sobre la criminalidad. La variable de la clase social es importante porque la discusión sobre violencia toca inevitablemente el tema de la legitimidad (Riches 1986, citado en Krohn-Hansen 1994: 370). La cultura de los grupos sociales dominantes define qué actos violentos son intolerables en una sociedad. La criminología crítica enseña que la criminalidad es un bien negativo que se distribuye desigualmente en la sociedad: la etiqueta de criminal y las penalizaciones son vertidas a cantaradas entre los pobres. El principal atributo que destacan en los integrantes de

maras y pandillas es su conducta anti-jurídica. Éstos no sólo están marcados por una ‘criminalización primaria’ –que ocurre cuando el legislador tipifica como criminales ciertos comportamientos– sino que son sometidos a una ‘criminalización secundaria’, que opera cuando agencias del sistema penal, como la policía, los jueces o la magistratura, atribuyen la condición de criminal a individuos específicos (Baratta 2004: 98-99).

Es común asumir que al investigador/a sólo lo motiva la curiosidad científica y que sus interpretaciones son el resultado de un análisis neutral de información recabada en un proceso científico objetivo, especialmente si éste es cuantitativo. Sin embargo, todo levantamiento en grupos pobres o marginales define espacios sociales para la discusión sobre violencia en el sentido de injusticia o ilegitimidad (Krohn-Hansen 1994: 372), y el investigador/a entra a formar parte de este espacio y de la dinámica social para definir la violencia. Quien investiga las pandillas, por ser quien las describe, define el problema y refuerza la ilegitimidad de estos grupos.

Riches (1986, citado en Krohn-Hansen 1994) propone a los investigadores del tema de la violencia no dejarse llevar por la búsqueda ingenua de la objetividad y Krohn-Hansen argumenta que concentrarse en la búsqueda de los “hechos” puede llevar al investigador a caer en la justificación de los intereses sociales dominantes. Desde la perspectiva psico-social, Martín-Baró (1985: 365) critica la forma en que la violencia se define, irremediablemente, como lo que va en contra del régimen establecido, las investigaciones se centran en la “violencia antisocial” y tienen el objetivo de proponer estrategias para controlarla (1985: 368). Lubek (1979, citado en Martín-Baró 1985: 368), critica la tendencia a “identificar ‘la’ violencia con aquella que, de hecho, perjudica el orden establecido y sólo en la medida en que resulta perjudicial”. Objeta fuertemente “la convicción de que controlar, reducir y reprimir la violencia es un objetivo válido en cualquier caso” y la idea de que “la investigación científica ‘no toma partido’ y puede ser usada por cualquier instancia que quiera promover el bien social”.

Las anteriores reflexiones ponen bajo la lupa a los investigadores/as del tema de la violencia. Es evidente que en la investigación centroamericana sobre pandillas la posición social de los investigadores/as influye en sus análisis haciéndolos emplear categorías que responden a los intereses de las clases sociales dominantes. Así surgen estudios que parten del paradigma de la seguridad ciudadana con el único propósito de descubrir estrategias para controlar, mitigar, reducir o domesticar las pandillas.

### 3. La violencia simbólica y los estudios sobre pandillas

Bourdieu define la violencia simbólica como aquella que se ejerce sobre un agente social con su complicidad. No se reconoce como violencia porque forma parte de la estructura del mundo que moldea las estructuras cognitivas, porque se inscribe en la *misrecognition*, es decir, en las asunciones fundamentales, pre-reflexivas de los agentes sociales cuando aceptan un orden social como algo natural (Bourdieu/Wacquant 1992: 168). Según Bourdieu (2004: 339), los dominados aplican categorías construidas desde el punto de vista de los dominantes para describir las relaciones de dominación, haciendo que éstas parezcan naturales.

Para el investigador/a de las maras y pandillas es oportuno tomar en cuenta lo señalado por Bourdieu y Wacquant sobre los estudios de género: que el analista tiende a utilizar

como *instrumentos* de conocimiento categorías de percepción y de pensamiento que debería de utilizar como *objetos* de conocimiento (Bourdieu/Wacquant 2004: 272). Es sintomático que en muchos estudios sobre pandillas (ver por ejemplo ERIC *et al.* 2004b) los investigadores/as utilicen como categorías la tipología de delitos establecida por la policía o el código penal, los nombres eufemísticos que se dan a las pandillas -grupos juveniles, jóvenes en riesgo- o la tipología de trastornos psicológicos y adicciones. Inmerso en esta dinámica, el investigador/a utiliza y refuerza las categorías aceptadas.

La violencia simbólica que se ejerce sobre los jóvenes pobres de los barrios urbanos en Centroamérica se nutre de las investigaciones que describen al pandillero como drogadicto, violento, ignorante, machista, violador –como si estos adjetivos no aplicaran también a otros centroamericanos– y no señalan la estructura que oprime a los jóvenes de los barrios, indicándoles cómo deben ser o qué deben tener y quitándoles toda oportunidad de serlo o tenerlo. En estas investigaciones los resultados invariablemente demuestran que los pandilleros/as necesitan resolver sus problemas familiares o integrarse a algún organismo de ayuda (ERIC *et al.* 2004b; López 2004). Se refuerza la tendencia global de “medicalizar” el problema de la violencia juvenil (Béhague 2005, citado en Bellanger 2006: 388). Como resultado, las investigaciones no atacan –sino que reproducen– la estructura de mercado de bienes simbólicos (Bourdieu 2004: 342) que tipifica a los pandilleros/as como la juventud desviada que para ser tomada en cuenta debe adquirir características que indiquen ‘normalidad’.

Al describir las maras y pandillas, los investigadores/as solemos resaltar la violencia entre grupos enemigos, la violencia con que se vengan las traiciones y la violencia de los ritos de iniciación. La violencia se describe como un aspecto central, que le da cohesión o sentido al grupo (Castro/Carranza 2001: 251; Sosa/Rocha 2001; Santacruz/Cruz 2001). De esta forma, los investigadores/as contribuyen –junto con la policía y los medios de comunicación–, a que los jóvenes empobrecidos y marginados de los barrios segregados de Centroamérica reproduzcan y naturalicen las relaciones de poder que destruyen sus vidas.<sup>3</sup> Los pandilleros/as centroamericanos terminan aceptando las categorías culturales que los grupos dominantes imponen. Si el joven pandillero/a se siente menos que el joven clase media, también siente que el joven asesinado de la pandilla contraria era digno de morir por ser insignificante en la sociedad o que la joven violada lo merecía por ser una “chavala vaga” (Sosa/Rocha 2001: 393).

Tenemos entonces dos formas de violencia simbólica. Por un lado, la que ejerce quien investiga cuando se sirve de y reproduce una estructura de valores que estigmatiza a los pandilleros/as y que caracteriza ciertos comportamientos como socialmente plausibles. Por otro, la violencia dirigida por los jóvenes hacia aquellos que se encuentran en su misma situación. Ambos son claros ejemplos de lo que Bourdieu llama *misrecognition*: uno en el ámbito de la producción ideológica y el otro el campo de batalla barrial.

Cuando el investigador/a opta por tratar la violencia juvenil igual que el Estado –como un problema de educación, de salud o de las familias– contribuye y reproduce la idea socialmente aceptada de que el pandillero/a no merece ser escuchado mientras no cambie su forma de ser. Éste es el aporte del investigador/a a la violencia simbólica a la que es sometido el pandillero/a. Así refuerza la percepción general de que un pandillero

<sup>3</sup> Parafraseando a Bourgois (2004: 307) cuando interpreta la violencia entre mujeres.

es inferior a un joven de clase media y contribuye con lo que Scheper-Hughes (2004: 280) define como la ‘producción social de indiferencia’. Por esta razón, ignorar la *misrecognition* de los pandilleros/as y describir al grupo a través de categorías avaladas por el *mainstream* sobre la violencia delincriminal, es equivalente a reproducir la violencia simbólica que los jóvenes viven.

A la luz de estas consideraciones es evidente que la investigación sobre maras y pandillas en Centroamérica nace con una camisa de fuerza impuesta por el *mainstream*. Los hilos que tejen esta camisa de fuerza son las tendencias a: diseñar el estudio en base a la dicotomía de víctima y victimario, ignorar la posible existencia de una agenda que dirige el estudio, y pasar por alto que el investigador/a puede formar parte de la violencia que investiga. Sólo el trabajo de campo puede estimular el cuestionamiento de estas tendencias porque los cuestionamientos nacen del contacto entre investigadores/as y pandilleros/as.

#### 4. Las metodologías de los estudios y sus efectos en los hallazgos

Por las razones expresadas en el acápite anterior, tomamos el contacto entre investigadores/as y pandilleros/as para dividir los estudios de maras y pandillas en dos tipos: los de contacto nulo, breve o a través de intermediarios –que caracterizan a aquellos basados en encuestas, grupos focales y entrevistas– y los de contacto prolongado o personal –propio de los estudios basados en entrevistas a profundidad y observación participativa–. Al explorar las razones tras la selección de las metodologías, descubrimos que mientras los estudios del primer tipo nacen de una epistemología instrumentalizadora, basada en el paradigma de sujeto y objeto, los del segundo tipo se basan en el paradigma de la acción comunicativa.

La Escuela de Francfort descubrió la ambigüedad fundamental que subyace a la relación sujeto-objeto que propugnó el proyecto emancipador de la Ilustración. Sus conclusiones fueron que: en la misma Ilustración había una voluntad de dominio, porque “lo que no se doblega al criterio del cálculo y la utilidad es sospechoso para la Ilustración”. A la postre, “la Ilustración se relaciona con las cosas como el dictador con los hombres. Éste los conoce en la medida en que puede manipularlos”. Es decir, en la misma propuesta emancipadora estaba el germen de la instrumentalización (Horkheimer/Adorno 2004: 59-64).

Esta instrumentalización del conocimiento tiene al mercado como su gran legitimador (Horkheimer 2002). El investigador/a de las pandillas persiste como tal si sobrevive en el mercado. Sus resultados valen si pueden ser vendidos, y sólo pueden ser vendidos si pueden ser implementados. Esa instrumentalización del conocimiento hace que “para probar que es pensado con razón, todo pensamiento tiene que tener una coartada, debe garantizar su utilidad funcional” (2002: 82).

Habermas (2000) sustituye el anterior paradigma epistemológico por el de la razón comunicativa, basado en la relación comunicativa entre sujetos. El conocimiento no lo produce la relación sujeto-objeto, sino el diálogo intersubjetivo. Con el nuevo paradigma de las relaciones intersubjetivas, Habermas hace una relectura de los fundamentos de las ciencias sociales, la epistemología, la modernidad, el capitalismo tardío, la moral y el derecho.

La investigación sobre violencia ha sido muy susceptible a la instrumentalización. Como señala Rodgers (2001: 2) hay una tendencia a aproximarse al tema sólo para argumentar en su contra, lo que imposibilita la comprensión de su verdadera complejidad. La instrumentalización en los estudios sobre maras y pandillas es evidente cuando se diseñan en torno al concepto de seguridad ciudadana, un concepto ensalzado por los gobiernos, las multilaterales, las empresas multinacionales y la sociedad civil como algo que representa una situación de bienestar para todos. Es el objetivo final de muchas políticas y la justificación tras la creación de nuevas Direcciones dentro de ministerios (Bellanger 2006: 384) y nuevos Departamentos y programas en la Policía (Rocha/Bellanger 2004). Convertida en agenda central de los estudios sobre violencia juvenil, la seguridad ciudadana los transforma en instrumentos de violencia simbólica que ocultan gran parte de la fotografía de la violencia. En estos estudios, la pregunta central apunta hacia la posibilidad de eliminar las pandillas para poder alcanzar la venerada seguridad ciudadana. El concepto también llega a determinar la forma en que el investigador/a decide hacer su estudio. ¿Estaría dispuesto, quien se enmarca en el discurso de la seguridad ciudadana, a pasar tiempo en el barrio interactuando con los pandilleros/as? ¿Consideraría necesario dialogar con los jóvenes y sus familiares? Es más probable que prefiera recopilar datos en una encuesta y pedir opiniones en un grupo focal.

Aunque indiscutiblemente las metodologías que no requieren de contacto con los pandilleros/as tienen aspectos válidos y pueden producir datos interesantes, no son capaces de revelar información que se requiere para entender las pandillas porque no establecen un diálogo con los pandilleros/as. Éstos/as permanecen como objeto de estudio y nunca como interlocutores capaces de ofrecer visiones alternativas –a partir de su particular posición social– que cuestionen el orden establecido y aceptado por los investigadores. En cambio, las metodologías que requieren de contacto personal con los pandilleros/as permiten que el investigador/a palpe los retos de la investigación sobre violencia y sea interpelado en el proceso investigativo. El intento de explorar la violencia de las pandillas a través de una relación comunicativa en la que se establece un diálogo entre los investigadores/as y los pandilleros/as posibilita que el investigador cuestione el orden de las cosas (Bourdieu/Wacquant 2004: 272). Además, en procesos investigativos de contacto personal y prolongado los sentidos enriquecen las investigaciones al aportar información que va más allá del diálogo.

#### 4.1. *Estudios de contacto nulo, breve o a través de intermediarios*

Los estudios de este tipo –que son la mayoría– giran en torno a la clasificación del pandillero como victimario<sup>4</sup>, adoptan la perspectiva de las víctimas y parecen tener una fe ciega en el presunto papel determinante de las políticas públicas sobre la violencia juvenil. Sus objetivos suelen ser de dos tipos: presentar sugerencias al gobierno para el diseño de políticas sociales que contribuyan a desarrollar la seguridad ciudadana, o des-

<sup>4</sup> Sólo recientemente han surgido investigaciones que destacan que los jóvenes urbanos son más a menudo víctimas que victimarios (Rocha 2006, y véase Aguilar y Ranum en <<http://interamericanos.itam.mx/maras/material.html>>, sitio web del Centro de Estudios y Programas Interamericanos del Instituto Tecnológico Autónomo de México-ITAM).

cribir y evaluar la labor de las organizaciones de la sociedad civil que contribuyen a establecerla. Su propósito al estudiar la violencia juvenil es descubrir formas de controlarla. Se proponen conocer a las pandillas; rara vez intentan aprender, por medio de ellas, algo sobre la sociedad en general.

#### a. La mediación de las organizaciones

Por la naturaleza del fenómeno, independientemente de la metodología del estudio, los primeros contactos con pandilleros/as casi siempre se realizan por medio de ONG, iglesias, clínicas y la Policía. Aunque hay estudios que se basan completamente en este tipo de contacto (Merino 2001; Carranza 2004). Se seleccionan instituciones que tienen programas de atención a jóvenes en pandillas, y se opta por aquellas con “programas exitosos”. Por ende, las primeras relaciones con jóvenes pandilleros/as se entablan por medio de programas de rehabilitación que se esmeran en mostrar resultados exitosos a la comunidad y en especial a sus donantes, actuales o futuros. Este proceder filtra la mirada del investigador/a. Los jóvenes que las organizaciones presentan a los investigadores/as son los que están más activos, muestran mayor compromiso con la organización, funcionan de acuerdo a sus objetivos y normas, y emplean su discurso. En definitiva, reproducen el discurso social dominante. Están totalmente perneados por la “misrecognition”. La información proviene predominantemente de cierto tipo de joven: un joven modelo, cooperador, militante, comunicativo, buen alumno, arrepentido de su pasado y reproductor del mensaje de sus nuevos amigos. La ventaja para el investigador/a es que estos jóvenes usualmente son líderes dentro de la comunidad, lo que les permite entrar con buen pie a la zona. En nuestra experiencia, los jóvenes activos en las organizaciones fueron excelentes enlaces primarios.

Las instituciones también funcionan como filtros geográficos, guiando al investigador/a de antemano a determinadas zonas (Rocha y Bellanger 2004). En el estudio sobre las pandillas del Reparto Schick, se entrevistó a la Policía para conocer los grados de peligrosidad de los barrios (Sosa y Rocha 2001: 347). Se seleccionó el Reparto Schick en Managua por registrar un mayor número de pandillas y estadísticas altas de violencia, además de la presencia de organizaciones como grupos religiosos, organismos e instituciones que sirvieran como apoyo para la inserción (2001: 345).

#### b. Grupos focales y encuestas

Los grupos focales y encuestas son los métodos medulares en los estudios de los psicólogos sociales de El Salvador (Santacruz y Cruz 2001), quienes plantean que los grupos focales exploran opiniones e ideas subyacentes. Para participar, las personas son extraídas de su ambiente. No obstante, se confía en que a través de la discusión se alcanza una comprensión profunda de las formas de pensar que sustentan los discursos de las personas y la interpretación de su realidad (Santacruz y Cruz 2001: 34). Según los autores, en estos estudios “la información analizada se encuentra más relacionada con la información e interpretación que de la realidad hacen los jóvenes y menos con información que –a partir de las propias observaciones del investigador– pudiera servir para con-

trastar, contraponer o contradecir el punto de vista de los pandilleros” (2001: 37). Sin embargo, la metodología en sí implica un filtro impuesto arbitrariamente por los investigadores/as que tiene la capacidad de crear una imagen artificial de la realidad. Por ejemplo, Santacruz y Cruz tomaron como variable la cantidad de años de militancia de los jóvenes para comparar las percepciones de los que tenían menos de 5 años con los que tenían más de 5 años. ¿Por qué se les ocurrió que esa variable y esa cantidad de años eran significativas para afectar la percepción de los pandilleros sobre la violencia y la pandilla? No lo explican. Las diferencias en las respuestas pueden deberse tanto a la edad, experiencias personales, nivel educativo, personalidad, etc. como a la experiencia ‘pandilleril’ acumulada.

En los estudios basados en grupos focales también se habla de motivaciones: qué los motiva a entrar, a pertenecer, a calmarse. Se suscita una discusión en torno a aspectos que los investigadores/as consideran importantes, por ejemplo: la violencia y lo que piensan de ella, el proceso para dejar la pandilla, el sufrimiento dentro de la pandilla, la discriminación social, lo que piensan del estigma que les impone la sociedad, de ganarse el respeto de la sociedad, su futuro, etc. Esta metodología no permite que se establezca el diálogo necesario del que habla Habermas porque se basa en el paradigma del sujeto/objeto, señalado por Horkheimer de instrumentalizar el conocimiento. Lo que realmente ocurre en los grupos focales se podría definir como violencia comunicativa, ya que son espacios donde se imponen los temas, las variables y el escenario. Sus partidarios no se percatan de la forma en que la presencia del investigador/a, representante de lo socialmente deseable, y el ambiente artificial creado, determina lo que se puede decir, distorsionando la comunicación e imposibilitando el diálogo.

### *El afán cuantitativo*

En los estudios centroamericanos predomina claramente la búsqueda de lo mensurable (Merino 2001; López 2004; Cruz *et al.* 2004). Se analizan cifras oficiales y se producen más cifras para complementar el análisis. La idea de fondo es medir el alcance de estos grupos en la sociedad: hasta dónde llega su ámbito de acción, a cuántos están afectando, cuántos adeptos tienen y a qué ritmo crecen. La comparación entre zonas se vuelve indispensable (ERIC *et al.* 2004a). Se presenta la encuesta como el instrumento que recoge “el modo de pensar de los jóvenes pandilleros” (Cruz y Portillo 1998: 23). Lo cualitativo se considera limitado por no poder alimentar tablas, gráficos, generar cantidades o porcentajes (Castro y Carranza 2001: 242), e incompleto por no producir información que aporte a generalizaciones. Antes que el diálogo con los pandilleros/as, los partidarios de estas metodologías se decantan por el pensamiento instrumentalizador (Horkheimer 2002) que se alimenta de lo mensurable.

Este afán por lo cuantitativo revela las percepciones de los investigadores/as y las sociedades a las que pertenecen. Las maras y pandillas son percibidas por las clases medias como una amenaza sin control, un cáncer que crece y pretende apoderarse de todo el organismo. Por esta razón los números se vuelven tan importantes. Hay que tomar radiografías periódicas para medir el crecimiento de las pandillas, saber cuánto espacio están abarcando las maras. Hay que medirlos porque no son como nosotros y porque representan una maraña de relaciones que desconocemos. Las maras son descri-

tas muchas veces como una especie de transnacional y los gobiernos protegen sus fronteras contra la entrada de mareros. Estos temores abstractos sobre las maras y pandillas en Centroamérica hacen que ocurra lo que describe Appadurai (2006: 47) con las minorías que son definidas a través de la abstracción del conteo y la clasificación. El temor de lo global se deposita en estas minorías y en momentos de alta ansiedad, se convierten en grupos que deben ser aniquilados.

La visión cuantitativa de la violencia no refleja que ésta es “un cambiante conjunto de conductas y actitudes, no un esquema comportamental permanente y bien definido” (Lubek 1979: 263, citado por Martín-Baró 370). Además, quienes basan sus estudios en estadísticas oficiales no toman en cuenta su variación constante respecto a lo que miden y cómo lo miden – los indicadores suelen modificarse a menudo<sup>5</sup>– ni sus distintos niveles de fiabilidad en cada país.

El pecado original de estos estudios es que tienen objetivos instrumentalizadores y echan mano de métodos instrumentalizadores, y por lo tanto sus conclusiones son las que la agenda del investigador/a propone al inicio del estudio. En definitiva, el problema principal de estos métodos radica en que no incitan al investigador/a a reflexionar sobre sus preconcepciones y su rol reproductivo de los estereotipos a través de los cuales la sociedad percibe al pandillero/a. Dado que gran parte de la cultura no es verbalizada, las técnicas que descansan completamente en palabras y discursos obtienen sólo respuestas parciales. En las encuestas, los cuerpos del pandillero/a y del investigador/a desaparecen, no cuentan. Se trata de explicar la cultura desde un punto de vista enteramente racional, que inevitablemente brinda una imagen incompleta de lo que es la cultura (Hastrup 1994: 233). El énfasis en la mente y no en el cuerpo nos hace olvidar que no podemos entender a las personas si no es a través de nuestras propias experiencias (Hastrup 1994: 235).

#### 4.2. *Estudios de contacto prolongado y personal*

Las metodologías que permiten el diálogo entre investigadores/as y pandilleros/as sobrepasan el paradigma del sujeto/objeto. No obstante, en este acápite proponemos que se debe ir más allá del diálogo hacia la reflexividad del oficio del investigador/a.

##### a. Entrevistas a profundidad

Realizar entrevistas a profundidad revela las imperfecciones de la comunicación verbal y estimula a los investigadores/as a cuestionar la calidad de sus hallazgos. Por ejemplo, gracias a su contacto prolongado con los jóvenes, Sosa y Rocha (2001: 348-349) y Castro y Carranza (2001) advirtieron el efecto que la confianza y el contexto tienen en el éxito de las entrevistas y descubrieron que la casa del pandillero era el peor lugar para hacer una entrevista –debido al efecto censorador de la presencia de la madre o sus fre-

---

<sup>5</sup> A partir de 2003 la Policía Nacional de Nicaragua comenzó a aplicar criterios regionales en su registro de pandillas, produciendo inmediatamente cifras muy distintas a las del año precedente. Como resultado, disminuyeron considerablemente las pandillas y aparecieron los “jóvenes en alto riesgo social” (Bellanger 2006: 340-341).

cuentas intromisiones negando las actividades pandilleriles de su hijo— y que aunque en la entrevista grupal el pandillero se siente relajado, el momento se convierte en una oportunidad para reforzar su posición e incrementar su prestigio en el grupo. Esto sugiere la importancia de prestar atención al contexto, pero también que el contexto no puede analizarse sin tomar en cuenta la forma en que las personas lo perciben, incluyendo al investigador/a.

Mucho de lo que vivimos está inscrito en nuestro espacio y en la forma en que lo experimentamos (Kusenbach 2003). Las explicaciones verbales dejan ocultos muchos aspectos de la vida. Para Kusenbach, la entrevista tiene dos debilidades: los límites de la narrativa y los límites de las circunstancias en que se realizan las entrevistas. Del método de la entrevista observa que hay mucho que la gente no llega a verbalizar, conocimientos y prácticas corporales que son pre-reflexivas o de las que no están conscientes. Durante las entrevistas, hablar se convierte en el centro de atención y se ignoran otras actividades por ser consideradas distracciones (2003: 462). En las entrevistas no sólo se pierden las reacciones sensibles al contexto por parte del entrevistador/a y el entrevistado/a, también se magnifica la relación dialéctica entre los participantes en lugar de promover una perspectiva compartida y una conexión más igualitaria (2003: 462).

De lo anterior se desprende que la experiencia de la entrevista a profundidad permite al investigador/a darse cuenta de que es necesario ir más allá de la comunicación verbal. Las diferencias entre el investigador/a y el pandillero/a en aspectos como el lenguaje, el vestuario, el color de la piel, entre otros, evidencian que existe una gran brecha que interfiere en el diálogo que se establece entre ellos.

#### b. La observación participativa: el filtro del cuerpo y la clase social

La observación participativa consiste en mucho más que la *observación* del ‘otro’; involucra el reto de percibir el mundo a través de nuevas categorías culturales, adquirir una comprensión más profunda del ‘yo’ y adoptar nuevos roles en una sociedad. La observación participativa consiste en dejarse afectar y conocer cómo afectamos. El involucramiento personal en el campo moldea la experiencia y subsecuentemente el texto producido.

La perspectiva antropológica plantea que el bagaje personal de los actores sociales, incluyendo el observador, influye en, y constituye una parte fundamental del contexto, y por ende, de la lectura que se da a una determinada situación (Rudie 1994: 28). El contraste entre el yo y el otro moldea la percepción del investigador/a porque cuando personas de distintas culturas tratan de entenderse, ocurre un proceso de reflexión y representación que los lleva de la experiencia a la comprensión (Rudie 1994: 31). Hay experiencias culturales que llegan a comprenderse por ser experimentadas con todos los sentidos al punto de ser internalizadas, lo que no garantiza que la persona pueda explicarlas verbalmente (Rudie 1994: 40). Por esto, el trabajo de campo es un proceso en el que se ha de involucrar todo el cuerpo y una reflexión del investigador/a sobre su propia identidad y lo que de él/ella piensen sus informantes.

Nuestra identidad adquiere relevancia pues durante la experiencia dependemos de todos nuestros sentidos. La antropología ha reflexionado sobre el sesgo visual de la cultura occidental (Fabian 1983; Howes 1991) y ha propuesto que debemos prestar igual

atención a los demás sentidos (Ingold 2000; Stoller 1989; Gell 1995) porque éstos proveen información que la visión no puede; información que puede ser más íntima y duradera. La conexión entre la identidad y los sentidos se debe a que nuestras reacciones a los estímulos las determina en gran medida nuestra identidad y su bagaje particular que incluye ideas sobre gustos, autoridad y posición social. La observación participativa da la oportunidad de ir más allá del diálogo. Pero para que esto ocurra, hay que involucrar todos los sentidos en la experiencia y además “convertir la reflexividad en una disposición constitutiva de [nuestro] *habitus* científico” (Bourdieu 2003: 155).

Durante nuestro trabajo de campo en el Reparto Schick de Managua recibimos muestras de amabilidad de parte de los vecinos, quienes nos ofrecían golosinas y bebidas que tomábamos con cierta aprensión. En el barrio experimentamos el escándalo del *reggae-tón*, la estridencia de los evangélicos, los creativos saludos e insultos, los coloridos *grafitis*, el hedor de las aguas negras escurriendo frente a las casas. Pudimos observar cómo los jóvenes se mueven, ven, hablan, visten y la importancia que tienen estos aspectos del comportamiento en la vida del pandillero/a, durante y después de la pandilla. Descubrimos que de la capacidad de cambiar estos aspectos depende en gran medida su éxito al intentar cambiar de vida. Se nos hizo fácil comprender que para un pandillero es suficiente haber visto un converso para creer en el poder de las conversiones. El estereotipo que identifica a los pandilleros como jóvenes endemoniados, sin miedo a nada, con tatuajes espantosos, se relativiza ante la realidad de los cuerpos vulnerables, cicatrizados, enfermos y tatuados con imágenes románticas junto a sangrientas.

Los textos etnográficos que incorporan los aspectos sensoriales del trabajo de campo (Chatterjee 2001; Kumar 1992) demuestran que examinando nuestras reacciones a las experiencias en el campo podemos dilucidar los sesgos que hemos llevado a la investigación. Nuestra identidad actúa como un filtro en nuestros sentidos. Poco puede hacer un investigador/a para controlar quién es y cómo lo perciben los locales, pero sí puede estar pendiente de los efectos de esto en el trabajo de campo. Olvidar la importancia de la identidad en el proceso investigativo es un error. Por ejemplo, se debe prestar atención a cómo nuestras aprensiones y preferencias afectan la recolección de información, haciéndonos favorecer unos temas y evadir otros (Kumar 1992: 64).

Es significativo que en Rocha y Bellanger (2004) no incluimos una reflexión sobre la percepción que nuestros informantes tenían de nosotros y nuestra presencia en el barrio. Esto es más sorprendente si consideramos que mientras realizábamos el trabajo de campo siempre estuvimos pendientes de ello y cuidamos mucho nuestra imagen: vestíamos ropa sencilla, adaptábamos nuestros gestos, ocultábamos el hecho de que llegábamos en vehículo, nadie sabía dónde vivíamos y muchos de nuestros informantes no sabían dónde trabajábamos. Nuestra preocupación era que si percibían mucha diferencia de clase social entre ellos y nosotros, nuestros informantes modificaran su actitud. Aunque no lo discutiéramos entonces, esta preocupación influyó en nuestro trabajo de campo.

Los informantes descifran la identidad del investigador/a y moldean su comportamiento de acuerdo con sus suposiciones. El proceso de reconocimiento mutuo puede ser más complejo cuando la identidad del investigador/a no es la de un completo extraño u *outsider*. La gente se interesa por la clase social, religión y estado civil del investigador/a, lo ubica y responde a estereotipos existentes. Categorías de género y clase social se entrelazan. Si una mujer externa al barrio no entra en la categoría de “monja” o de “trabajadora social”, habrá que explicar a los habitantes quién es y qué hace ahí. En el

Reparto Schick los jóvenes nos planteaban sus ideas de forma distinta según el sexo de quien le hacía las preguntas, en algunos casos este filtro produjo versiones muy distintas de aspectos de la vida de un joven. El género demostró ser una barrera especial para la comunicación en temas como el sexo o los sentimientos. Como la clase social, el género es un aspecto de nuestra identidad que moldea nuestras percepciones de eventos y ambientes, haciéndonos particularmente sensibles a ciertos detalles.

La identidad del investigador/a también mueve a la gente a reflexionar sobre aspectos de su propia realidad (Das 1990: 388) y de la economía política en la que se insertan sus vidas (Chatterjee 2001: 11). La segregación de las ciudades centroamericanas marca la forma en que la gente de un barrio pobre percibe a un externo. Los jóvenes pandilleros/as asumen que la gente de clase media que se acerca a ellos proviene de algún “organismo de ayuda” que trae “proyectos”. Las categorías sociales locales en las que el investigador/a inevitablemente cae moldean su perspectiva y la forma en que organizará y luego escribirá sobre su experiencia.

En su análisis sobre segregación espacial en la ciudad de Managua, Rodgers (2006) muestra cómo la ciudad es percibida de distinta manera por las personas según su clase social, que determina qué espacios puede utilizar y en qué forma. Es vital reconocer que las clases dominantes imponen límites espaciales a los pobres. Encima de esto, en Centroamérica existen nociones raciales de blancura que también entran en juego. Por eso el investigador/a debe involucrar todos sus sentidos para comprender su posición en el campo y descubrir aspectos de poder que no dependen de las palabras para ser expresados, sino que se vuelven reales en las interacciones diarias y en la forma en que se utiliza el espacio.

El estudio de Rodgers ejemplifica el tipo de hallazgos que se logran al ir más allá del diálogo. A través de su involucramiento personal en una pandilla por un año descubrió que ésta era, para los jóvenes del barrio, una forma de reafirmarse a sí mismos en una sociedad más amplia que parecía olvidarse de ellos, así como también una forma de recapturar la camaradería y solidaridad del tiempo de la guerra (Rodgers 2003: 7). Las pandillas y sus prácticas violentas proporcionaban un concreto sentido de pertenencia a una definitiva, aunque reducida, entidad colectiva de la que ellos carecían a nivel de ciudad o nación debido a la inseguridad crónica y diseminada que predominaba en Nicaragua (Rodgers 2003: 16). Rodgers encontró que las pandillas podían ser plausiblemente vistas como un último reducto de colectividad social en un contexto de desconfianza generalizada y atomización social (Rodgers 2003: 8).

Por último, la reflexividad también ayuda a los investigadores/as a desarrollar medios para llegar al barrio y manejar los riesgos. En Honduras, Castro y Carranza optaron por no darse a conocer como investigadores/as argumentando que “esto seguramente hubiera generado sospechas y desconfianza en los mareros. Había necesidad de situarnos en posiciones que a nivel valorativo son consideradas como ‘buenas’ por la mayoría de la población y ‘neutras’ desde la perspectiva de los jóvenes que integran las maras. Por eso... [se integraron] a los grupos de Pastoral Juvenil y Socorro Jurídico”, y participaron en un programa de rehabilitación de la Iglesia Católica (Castro/Carranza 2001: 244). Además de esto, visitaron a los mareros/as en las cárceles. También en Honduras, González Candia (2002) estuvo inmerso en un barrio de El Progreso dirigiendo un proyecto de reconstrucción de viviendas post-huracán Mitch con un grupo de miembros de la Mara 18 trabajando como albañiles. Tal vez los investigadores deberían de insertarse en programas de desarrollo comunitario –frecuentemente dirigidos por religiosos y algunos

específicamente dirigidos a trabajar con jóvenes violentos— que establecen contactos cotidianos con mareros como APREDE y Grupo Ceiba en Guatemala; Casa Alianza, JAJA y Generación X en Honduras; y Homies Unidos y Adiós Tatuajes en El Salvador.

## 5. Conclusión

Los estudios sobre pandillas en Centroamérica deben ir más allá del paradigma del sujeto y objeto y del paradigma de la acción comunicativa para incluir en el análisis la comunicación no verbal entre investigadores/as y pandilleros/as y la reflexividad del investigador/a en el ejercicio de su oficio. Abandonar la búsqueda de la máxima objetividad, de las cifras y las respuestas verbales, nos permite a los investigadores/as del tema de la violencia descubrir los sesgos que dominan nuestros estudios. Las metodologías que requieren de contacto personal entre investigadores/as y pandilleros/as presentan los retos necesarios que obligan al investigador/a a cuestionar sus preconcepciones sobre la violencia y las pandillas, lo que puede llevarlo/a a proponer cambios en la estructura de mercado de bienes simbólicos (Bourdieu 2004: 342) que coloca al pandillero/a, con su complicidad, en una posición inferior en la sociedad.

En Centroamérica las agrupaciones de jóvenes pobres sin fines de trabajo o estudio son etiquetadas negativamente en todo sentido y ocasión, y asociadas únicamente con su capacidad de cometer actos violentos. Solamente los estudios de contacto cercano con los/as jóvenes revelan los matices de estas agrupaciones (Rodgers 2003; Rocha 2000, 2006; Liebel 2002). Estos estudios cualitativos, basados en entrevistas a profundidad y observación participativa, no tienen mucha oportunidad —ni intención— de generalizar hallazgos o de proponer recetas que combinen con el menú que los gobiernos y las organizaciones proponen para remediar la violencia juvenil. Por esto, en medio del interés por diseñar políticas a niveles nacionales y regionales, estos estudios carecen de valor ante los ojos de los gobiernos y financiadores. En consecuencia, la mayoría de los estudios sobre maras y pandillas en Centroamérica se han convertido en reproductores o reforzadores de la violencia simbólica que se ejerce en contra de estos jóvenes. No se contradice la idea de que para ser un verdadero ciudadano, el pandillero/a debe ocultar sus tatuajes, cambiar su vestuario, su peinado, su forma de hablar y caminar y sus gustos artísticos. La mayoría de los investigadores/as opta por diseñar preguntas para grupos focales o encuestas que prometen revelar estadísticamente cómo vive el pandillero/a y sus opiniones al respecto. Se emplean categorías como “activo o retirado/calzado”, “joven en riesgo”, “número de veces en la cárcel”, “años de estudio”, “estructura familiar”. No surge la necesidad de cuestionar los sesgos impuestos por la identidad de clase media del investigador/a que lo hace resaltar la violencia de las pandillas pero no su arte o la venganza de los pandilleros/as pero no su espíritu solidario.

## Bibliografía

- Abaunza, Humberto/Andino, Ricardo (2002): *La sociedad contra los jóvenes. Las pandillas de Estelí*. Managua: Fundación Desafíos.
- Abaunza, Humberto/Solórzano, Irela (1997): *Voces, vidas y visiones. Jóvenes, cambio social y acción colectiva en la Nicaragua de los '90*. Managua: Puntos de Encuentro.

- Appadurai, Arjun (2006): *Fear of small numbers. An essay on the geography of anger*. Durham/London: Duke University Press.
- Baratta, Alessandro (2004): *Criminología crítica y crítica del derecho penal*. México, D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Bellanger, Wendy (2006): "La sociedad civil ante la violencia juvenil en Nicaragua". En: Cruz, José Miguel (ed.): *Maras y pandillas en Centroamérica. Las respuestas de la sociedad civil organizada. Vol. IV*. San Salvador: UCA Editores, pp. 329-400.
- Bourdieu, Pierre (2003): *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- (2004): "Gender and Symbolic Violence". En: Scheper-Hughes, Nancy/Bourgois, Phillippe (eds.): *Violence in War and Peace. An Anthology*. Oxford: Blackwell Publishing, pp. 339-342.
- Bourdieu, Pierre/Wacquant, Loïc (1992): *An Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (2004): "Symbolic Violence". En: Scheper-Hughes, Nancy/Bourgois, Phillippe (eds.): *Violence in War and Peace. An Anthology*. Oxford: Blackwell Publishing, pp. 272-274.
- Bourgois, Phillippe (2004): "US Inner-city Apartheid: The Contours of Structural and Interpersonal Violence". En: Scheper-Hughes, Nancy/Bourgois, Phillippe (eds.): *Violence in War and Peace. An Anthology*. Oxford: Blackwell Publishing, pp. 301-307.
- Carranza, Marlon (2004): "Políticas juveniles y rehabilitación de mareros en El Salvador". En: ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO: *Maras y pandillas en Centroamérica. Políticas juveniles y rehabilitación. Vol. III*. Managua: UCA Publicaciones, pp. 15-88.
- Castro, Misael/Carranza, Marlon (2001): "Las maras en El Salvador". En: ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO: *Maras y pandillas en Centroamérica Vol. I*. Managua: UCA Publicaciones, pp. 219-332.
- Chatterjee, Piya (2001): *A Time for Tea: Women, Labour and Post/Colonial Politics on an Indian Plantation*. Durham: Duke University Press.
- Cruz, José Miguel/Carranza, Marlon/Santacruz Giralte, María (2004): "El Salvador. Espacios públicos, confianza interpersonal y pandillas". En: ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO: *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social. Vol. III*. San Salvador: UCA Editores, pp. 81-114.
- Cruz, José Miguel/Portillo Peña, Nelson (1998): *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores.
- Das, Veena (1990): *Mirrors of Violence: Communities, Riots and Survivors in South Asia*. Delhi: Oxford University Press.
- ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO (2004a): *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social. Vol. II*. San Salvador: UCA Editores.
- (2004b): *Maras y pandillas en Centroamérica. Políticas juveniles y rehabilitación. Vol. III*. Managua: UCA Publicaciones.
- Fabian, Johannes (1983). *Time and Other: How Anthropology makes its Object*. New York: Columbia University Press.
- Gell, Alfred (1995). "The Language of the Forest: Landscape and Phonological Iconism in Umeda". En: Hirsch, E./Hanlon, M. (eds.): *The Anthropology of Landscape: Perspectives on Place and Space*. Oxford: Clarendon Press.
- González Candia, Jorge Atilano (2002): *En busca de la fraternidad perdida. Micro-relatos de una juventud abandonada que busca su identidad*. México, D. F.: Centro de Reflexión Teológica A. C./Centro de Estudios Teológicos de la Compañía de Jesús en México/Fomento Cultural y Educativo A. C.
- Habermas, Jürgen (2000): *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta.
- Hastrup, Kirsten (1994): "Discussion: Anthropological knowledge incorporated". En: Hastrup, Kirsten/Hervik, Peter (eds.): *Social Experience and Anthropological Knowledge*. London/New York: Routledge.

- Horkheimer, Max (2002): *Crítica de la razón instrumental*. Trotta: Madrid.
- Horkheimer, Max/Adorno, Theodor Wiesengrund. (2004): *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta.
- Howes, David (ed.) (1991): *The Varieties of Sensory Experience: a Sourcebook in the Anthropology of the Senses*. Toronto: University of Toronto Press.
- Ingold, Tim (2000): *The Perception of the Environment: Essays in Livelihood, Dwelling and Skill*. London/New York: Routledge.
- Krohn-Hansen, Christian (1994): "The Anthropology of Violent Interaction". En: *Journal of Anthropological Research*, Vol. 50, N° 40, pp. 367-381.
- Kumar, Nita (1992): *Friends, Brothers and Informants: Fieldwork memoirs of Banaras*. Berkeley: University of California Press.
- Kusenbach, Margarethe (2003): "Street Phenomenology: The Go-Along as Ethnographic Research Tool". En: *Ethnography*, Vol. 4(3), pp. 455-485.
- Levenson, Deborah (1989): "Por sí mismos. Un estudio preliminar de las "maras" en la ciudad de Guatemala". En: *Cuadernos de Investigación*, N° 4.
- Liebel, Manfred (1992): *Mala onda. La juventud popular en América Latina*. Managua: Ediciones Nicaragua.
- (2002): "Pandillas y maras: señas de identidad". En: *Envío*, N° 244, pp. 42-50.
- López, Pedro (2004): "Nicaragua: La visión comunitaria sobre las pandillas en el Reparto Schick". En: ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO: *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social. Vol. II*. San Salvador: UCA Editores, pp. 227-275.
- Martín-Baró, Ignacio (1985): *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Merino, Juan (2001): "Las maras en Guatemala". En: ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO: *Maras y pandillas en Centroamérica. Vol. I*. Managua: UCA Publicaciones, pp. 109-218.
- Rocha, José Luis (2000): "Pandillero: la mano que empuña el mortero". En: *Envío*, N° 216, pp.17-25.
- (2006): "Mareros y pandilleros: ¿Nuevos insurgentes, criminales?". En: *Envío*, N° 293, pp. 39-51.
- Rocha, José Luis/Bellanger, Wendy (2004): "Políticas juveniles y rehabilitación de pandilleros en Nicaragua". En: ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO: *Maras y pandillas en Centroamérica. Políticas juveniles y rehabilitación. Vol. III*. Managua: UCA Publicaciones, pp. 293-399.
- Rodgers, Dennis (2001): "Making Danger a Calling: Anthropology, violence, and the dilemmas of participant observation". En: *Crisis States Programme Working Papers*, N° 6, September, The London School of Economics, Development Research Centre (DESTIN).
- (2003): "Dying for It: Gangs, Violence, and Social Change in urban Nicaragua". En: *Working Paper* N° 35, The London School of Economics, Crisis States Programme. Disponible en Internet: <<http://www.crisisstates.com/download/wp/wp35.pdf>>.
- (2006): "Desimbricando la ciudad: crimen, inseguridad y organización espacial en Managua, Nicaragua". En: *Encuentro*, N° 73, pp. 8-24.
- (2007): "Pandillas y maras: protagonistas y chivos expiatorios". En *Envío*, N° 309, pp. 37-43.
- Rudie, Ingrid (1994): "Making sense of new experience". En: Hastrup, Kirsten/Hervik, Peter (eds.): *Social Experience and Anthropological Knowledge*. London/New York: Routledge.
- Santacruz Giralt, María/Cruz Alas, José Miguel (2001): "Las maras en El Salvador". En: ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO: *Maras y pandillas en Centroamérica Vol. I*. Managua: UCA Publicaciones, pp. 15-107.
- Savenije, Wim/Borgh, Chris van der (2004): "Youth gangs, social exclusion and the transformation of violence in El Salvador". En: Koonings, Kees/Kruijt, Dirk (eds.): *Armed actors. Organized violence and state failure in Latin America*. London/New York: Zed Books, pp. 155-171.

- Scheper-Hughes, Nancy (2004): "Two Feet Under and a Cardboard Coffin: The Social Production of Indifference to Child Death". En: Scheper-Hughes, Nancy/Bourgois, Phillipe (eds.): *Violence in War and Peace. An Anthology*. Oxford: Blackwell Publishing, pp 275-280.
- Sosa, Juan José/Rocha, José Luis (2001): "Las pandillas en Nicaragua". En: ERIC/IDIES/IUDOP/NITLAPAN/DIRINPRO: *Maras y pandillas en Centroamérica Vol. I*. Managua: UCA Publicaciones, pp. 331-430.
- Stoller, Paul (1989): *The Taste of Ethnographic Things: The Senses in Anthropology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Ulloa, Luis Felipe (2003): *Diagnóstico de las pandillas juveniles o marimbas de Estelí*. Estelí: ADESO Las Segovias.